

CAMERON, Alan: *The Last Pagans of Rome*. Oxford: Oxford University Press, 2011, 878 pp.

La obra de Alan Cameron no necesita presentaciones. El reconocimiento de este autor como uno de los grandes expertos en Antigüedad Tardía de los últimos cincuenta años viene avalado por un dilatado currículum de publicaciones. En este sentido, la obra que nos ocupa tiene, a todas luces, la vocación de ser un auténtico epítome en su carrera investigadora. Se trata, sin lugar a dudas, del fruto de numerosas reflexiones maduradas a lo largo de toda una vida, a partir del contacto directo con las fuentes antiguas y de la constante revisión de distintas teorías, muchas de ellas firmemente aceptadas desde hace más de dos décadas.

El título del libro nos habla de los últimos paganos de Roma, un tema grato al autor, y sobre el que ya publicó un breve estudio, con el mismo título, dentro de la obra colectiva *The Transformations of Urbs Roma in Late Antiquity* (1999). En cuanto a su contenido, su objetivo no es otro que estudiar el ocaso de los grandes representantes del paganismo en Roma. Para ello, el autor parte de la evidencia del final del paganismo como un hecho histórico innegable, consumado e irreversible. Una vez aceptada esta premisa, Cameron desmantela algunos mitos historiográficos fundamentales, como podría ser la aceptación del conocido como «Renacimiento pagano» de finales del siglo IV. En esta misma línea, el autor discute —y eventualmente desmiente— el papel atribuido a los grandes aristócratas paganos (entre los que estarían Lucio Aurelio Aviano Símaco, Virio Nicómaco Flaviano y Vettio Agorio Pretextato), como únicas figuras defensoras de las tradiciones literarias y artísticas romanas en una sociedad cristianizada, que aparentemente refutaría esas fórmulas culturales. Este hecho constituiría una verdad a medias, en tanto que la cultura clásica nunca fue totalmente rechazada por los conversos cristianos o incluso por quienes ya profesaban esta fe desde hacía dos o más generaciones, y para quienes leer las obras de Virgilio y Horacio también formaba parte de su propio acervo cultural.

En todo caso, *The Last Pagans of Rome* comienza con una introducción que sirve como sumario general de la obra, para después delimitar el término «pagano» a partir de un análisis

etimológico del vocablo, y de su progresiva evolución histórica en relación con la expansión del cristianismo. En los siguientes capítulos Cameron establece unas líneas contextuales, en las que analiza de forma pormenorizada los motivos que llevaron al emperador Graciano a rechazar el título de *Pontifex Maximus*, así como otras medidas legales antipaganas tomadas por Teodosio. El autor discute la teoría, aceptada hasta ahora, según la cual el usurpador Eugenio habría revitalizado los cultos paganos durante su breve reinado (392-394), ya que apenas existen pruebas sobre la derogación de las leyes tomadas contra el paganismo, ni de la restauración de los subsidios para los cultos tradicionales. La cuestión es esencial porque el breve reinado de Eugenio ha sido frecuentemente interpretado como el motor de la reactivación cultural del paganismo en la antigua capital.

En línea con estas circunstancias, otro de los aspectos cuestionados por Cameron es la lectura, en términos religiosos, de la victoria teodosiana en la batalla del río Frígido. La historiografía venía considerando que este acontecimiento marcó el final definitivo del paganismo, cercenando cualquier posibilidad de resurgir cultural que hubiera podido tener lugar en ese período. La propuesta del autor cuestiona la información proporcionada por las fuentes, y sobre todo las interpretaciones aceptadas hasta ahora, proponiendo unos nuevos esquemas sociales, quizá más flexibles, en los que la aristocracia pagana habría eludido la confrontación directa, frente a un cristianismo mucho más activo y beligerante. Los grupos aristocráticos, desde la óptica de Cameron, se

habrían acomodado en una pasividad negligente, ante las limitaciones impuestas por la ley y por la ausencia de un liderazgo religioso y político, como el que había desempeñado el emperador hasta ese momento. Sus peticiones serían testimonio de una retórica puramente literaria, y en todo caso tendrían más relación con intereses económicos que con la defensa de unos sentimientos concretos. Prueba de la capacidad de adaptación que demostró este colectivo es que los descendientes de esas grandes figuras del paganismo, se convirtieron al cristianismo sin dar continuidad a la identidad pagana, pero asegurando su posición en la sociedad y en la administración del Estado. El capítulo cuarto explica este proceso, tomando como referencia el papel que la aristocracia había desempeñado, hasta ese momento, dentro de los colegios sacerdotales, y de qué forma esta actitud pudo cambiar cuando la religión pagana dejó de ser un modo efectivo de promoción personal.

Este autor cuestiona un gran número de datos, fechas y presupuestos plenamente admitidos hasta ahora. Este hecho podría llevarnos a reflexionar acerca de los deberes y cometidos del historiador, y también sobre los peligros que podría implicar una voluntad relativizadora un tanto vehemente. En este sentido, puede resultar arriesgado reducir todo ese catálogo de actitudes reflejado en las fuentes —y en concreto la pasividad pagana que describe Cameron—, a una cuestión de pura conveniencia política, negando, por ende, cuestiones identitarias y sentimientos religiosos que también formaron parte del pensamiento en la

sociedad romana tardía, por muy complejo que resulte ponderar su presencia en las fuentes.

Una parte importante del libro, que está compuesto por un total de veinte capítulos, está consagrada al estudio pormenorizado de un conjunto emblemático de obras literarias, tanto paganas como cristianas, entre las que estaría el *Carmen contra Paganos*, los *Annales* de Nicómaco Flaviano, la *Historia Augusta* o las *Saturnalia* de Macrobio, así como de los contextos en los que esas obras surgieron.

Cameron también tiene en cuenta un importante grupo de obras artísticas del período tardío, que complementan de forma esencial el panorama del último paganismo y que, al igual que las fuentes escritas, son sometidas a una revisión cronológica, con objeto de reubicarlas en un contexto más coherente. Por su iconografía, destacan algunos ejemplares de alto valor simbólico, como la Pátera de Parabiago, el Virgilio Vaticano, el díptico de Símaco y Nicómaco, o los célebres relieves ebúrneos

de la *Consecratio* o de la Ascensión. Todas estas piezas ilustran los gustos y predilecciones de una sociedad, pero también de individuos concretos, sin manifestar, a priori, una atmósfera de confrontación política y religiosa tan evidente como venía siendo considerada.

En resumen, nos encontramos ante una obra extraordinariamente rica y compleja a nivel interpretativo, destinada a generar un intenso debate en el ámbito académico. A nivel formal, la prolijidad de referencias y la densidad de informaciones presentadas en toda la extensión del libro, se ve compensada por el ritmo dinámico que el autor imprime al texto. Los datos están enlazados con una gran soltura, y su capacidad aclarativa resulta a todas luces convincente, asegurándole un papel preeminente entre las publicaciones fundamentales para el estudio del período tardío.

Javier Andrés Pérez